

CAPITULO XX

Castilla y Aragon.—D. Pero el Cruel.—D. Enrique El Bastardo.—D. Juan I.—Guerras con Portugal é Inglaterra.—Batalla de Aljubarrota.—Enrique el Doliente.—D. Juan II.—D. Fernando el de Anquera.—Enrique IV.—La Beltraneja.—Los reyes católicos.—Ultimas derrotas de los moros.—Conquista de Granada.—El Gran Capitan.—Gloriosas campañas de Italia.—Descubrimiento de América.—Fin de la Edad Media.

Muerto el héroe del Salado, su hijo Pedro I apellidado *el Cruel*, quizá con más pasión que justicia, heredó la corona de Castilla, cuando apenas contaba quince años de edad (1350.)

Dotado de un valor extraordinario y de grandes cualidades, en su noble corazón se albergaban los más puros sentimientos de honor y de justicia; pero su carácter duro en demasia y exacerbado desde la infancia con el pernicioso ejemplo que le daban las desavenencias de su familia, y por efecto de las

contrariedades con que tuvo que luchar durante toda su vida, fué la causa de que su reinado llegase á ser sumamente turbulento, y se distinguiese notablemente por los muchos crímenes horrendos durante él perpetrados; crímenes que explican, si no justifican plenamente, el epíteto de *Cruel* con que la historia le señala.

Agena por completo á nuestro propósito la ingrata é inútil tarea de narrar lamentables discordias civiles, á menos que lo imprescindible de la hilacion histórica nos obligue á ello, no estimamos del caso detenernos á detallar las peripecias por que atravesó este reinado, presa de horribles turbulencias que dieron lugar a que resultase estéril, y aun perjudicial para el país, el dominio de un hombre que en otra época y en diferentes circunstancias infaliblemente hubiera sido un gran rey.

Victima de la traicion más infame fué Pedro I vendido en los campos de Montiel (15 de Marzo de 1369) y asesinando vil y cobardemente en 27 del mismo mes por su hermano bastardo D. Enrique de Trastamara, je-

fe reconocido por la turbulenta nobleza del reino que solo medraba con la debilidad de los reyes, no pudiendo por consiguiente, sufrir el dominio de soberanos tan enérgicos como D. Pedro, que no toleraba imposición de nadie.

Por efecto de este horrible crimen pasó entonces la corona de los Alfonsos á ceñir las sienes de Enrique, un bastardo fratricida y usurpador al que Portugal é Inglaterra disputaron el cetro desde 1369 á 1374. Vencidos sus dos poderos rivales, se dedicó D. Enrique á arbitrar recursos con que arrojar á los moros de su último refugio; y cuando ya tenia ultimados los preparativos del plan que habia de conducirle al logro de resultado tan provechoso para la patria y para la cristiandad, le sorprendió la muerte, ocurrida en Mayo de 1379.

Su hijo D. Juan I tenia solo veinte y un años cuando fué llamado á reinar, y alegando pretendidos derechos al trono de Castilla D. Fernando de Portugal, aliado con los ingleses, le declaró la guerra: el belicoso y jóven rey castellano triunfó de los portuque-

ses, con la toma de Almeida y la señalada victoria que el Almirante Sanchez de Tovar alcanzó en Julio de 1381 sobre la armada enemiga.

Ajustadas las paces y casado el soberano de Castilla con Doña Beatriz, hija del portugués, quedó por entonces sofocada la guerra; pero fallecido en 1385 el monarca lusitano, su hijo D. Juan renovó las pretensiones y por consiguiente la lucha que dió lugar á la horrorosa batalla de Aljubarrota, librada el 14 de Agosto del referido año de 1385, en la cual españoles y portugueses lucharon como buenos, quedando la victoria y el campo por los segundos, y ocasionando la sensible enemistad de esos dos pueblos heroicos formados por la naturaleza para constituir un solo y poderoso Estado.

Continuando la lucha con alternado éxito entre una y otra parte, llegó al fin á terminar, cual ambos reinos deseaban, en 1388.

El año 1390 murió el rey D. Juan I, heredando el trono su hijo Enrique III *el Do-liente*, ser endeble y enfermizo cuyo funesto reinado sirvió únicamente para empobrecer

el país y debilitarlo en estériles contiendas, si bien en 1400 la escuadra castellana pasó el Estrecho y abordando á las costas africanas coronó su atrevida expedicion tomando á Tetuan y recogiendo un inmenso botin.

En 1406 falleció Enrique III legando la corona á su hijo D. Juan II, que como solo contaba dos años escasos de edad quedó bajo la tutela de su madre Doña Catalina y su tío D. Fernando, llamado despues *el de Antequera*, quien en la sangrienta batalla de la Rábita, librada en 6 de Mayo de 1410 venció á los moros matándoles 15,000 hombres. En 24 de Setiembre del mismo año conquistó el valiente D. Fernando la importante plaza de Antequera, cuyo glorioso hecho de armas fué el origen del sobrenombre con que la historia le señala y su más preciado título para ocupar el trono de Aragon, que en 1412 le fué otorgado en virtud del *Compromiso de Caspe*.

La temprana y lamentable muerte de D. Fernando *el de Antequera*, acaecida en 1416, á la que en breve siguió la de la reina madre, anticipó la funesta mayoría de D. Juan,

declarada por las Córtes cuando apenas éste contaba trece años. Entonces, en vez de gobernar por sí, comenzó el jóven rey á ser gobernado por D. Alvaro de Luna, quien gozó de una privanza que dió lugar á treinta años de lamentables desórdenes sin cuento y ocasionó una mezquina guerra de infamias y banderías que solo tuvo fin en 2 de Junio de 1453 cuando la cabeza del favorito Condestable rodaba en un patibulo. Al año despues (21 de Julio de 1454) falleció el monarca, cuyo reinado no registra mas hecho glorioso que la memorable batalla de la *Higuera*, librada en 1431 contra los moros que recibieron en ella un fuerte y ejemplar escarmiento.

Por muerte de Juan II pasó el trono de Castilla á ser regido por su hijo Enrique IV, cuyos punibles excesos y lamentables desaciertos dieron lugar á que su reinado fuese más turbulento aún que el de su padre; llegando durante él la nobleza al apogeo de su preponderancia sobre la autoridad real. Dominado Enrique, primero por su favorito el marqués de Villena, y despues por D. Bel-

trán de la Cueva, á quien colmó de honores é inmerecidas mercedes, convirtió á la Corte en teatro de los más escandalosos espectáculos, amenguando con ello el decoro de la corona y el prestigio del reino.

Divorciado de su primera mujer Doña Blanca de Navarra, contrajo segundo matrimonio con la infanta Doña Juana, hermana del rey de Portugal, cuya intimidación con Beltran de la Cueva, traspasando los razonables límites, dió lugar á que la nobleza atribuyese á las estrechas relaciones que entre la reina y el favorito mediaban, el nacimiento de una niña que vió la luz en 1462; suposición que adquiria mayor autoridad en el impedimento físico del rey que sirviera de pretexto para el divorcio con Doña Blanca. Esto dió motivo á que la niña en cuestión fuese desde su nacimiento conocida por *la Beltraneja*, negándose la nobleza á reconocerla como inmediata sucesora al trono.

Por más que los guerreros de Enrique IV consiguieron algunos importantes triunfos sobre los moros llegando hasta los muros de Granada y apoderándose en 1462 de la im-

portante plaza de Gibraltar, los nobles, con razón esta vez, disgustados por el escandaloso procedimiento del monarca y sus favoritos, se declararon en abierta rebelión; haciéndose fuertes en Avila, donde en 1465 tuvo lugar la ceremonia de deponer al rey, despojando á su efigie de todas las insignias de su elevado cargo, declarándole inhábil para seguir ocupando el trono y proclamando en su lugar á su jóven hermano D. Alfonso.

Estos hechos ocasionaron la guerra civil entre los nobles y el rey, dando lugar á la sangrienta batalla de Olmedo (1467) y á que los feraces campos de Castilla se enrojecieran nuevamente con sangre de hermanos, malgastada en estériles contiendas. Por fortuna para el país, que anhelaba la paz, murió en 1468 el príncipe Alfonso, á quien la nobleza apoyaba; y la infanta Isabel, dando grandes aunque tempranas muestras de su extraordinario talento se negó á aceptar la corona mientras viviese su hermano, con lo cual terminó la lucha prestándose el rey al reconocimiento de su referida hermana como sucesora al trono, desheredando á *la Beltraneja*.

Casada la infanta, contra la voluntad del rey, con Don Fernando, heredero del trono aragonés, cuyo matrimonio estaba llamado á realizar la venturosa y definitiva union de ambas coronas y á terminar la gloriosa obra de la reconstitucion de la patria y la unidad nacional, tuvo entónces Enrique un pretexto para revocar su anterior acuerdo, volviendo á *la Beltraneja* su pretendido derecho y buscando para sostenerlo el apoyo del rey de Portugal, á quien ofreció la mano de su hija. Pero muerto el monarca en 1474, fué proclamada reina la infanta Isabel y derrotado el portugués con los partidarios de la *Beltraneja* en la batalla de Toro (1479) donde triunfó D. Fernando esposo de la jóven soberana, que por virtud de este hecho quedó en completa posesion de su corona.

En el mismo año, 1479, tomó D. Fernando posesion del trono aragonés, por fallecimiento de su padre Juan II, quedando ya definitivamente unidas las dos coronas llamadas á recojer y consolidar todas las preciosas conquistas realizadas en España por el valor de los pueblos y el progreso de la civilizacion,

durante el largo y agitadísimo trascurso de los guerreros siglos de la Edad Media; aumentando además de una manera fabulosa el riquísimo caudal de gloria y esplendor adquirido por tantas y tantas generaciones de héroes y mártires.

Con la renuncia de *la Beltraneja* á sus aspiraciones al trono de Castilla terminaron felizmente las diferencias con Portugal, diferencias que jamás debieron existir entre pueblos hermanos y que solo la criminal ambicion de soberanos indignos fomentara. Al mismo tiempo las Córtes de Toledo deslindaron en 1480 los respectivos derechos de Fernando é Isabel para el gobierno de los reinos que habian unido, organizando una especie de dualismo gubernamental que armonizando los más opuestos intereses en nada perjudicaba á la gloriosa unidad de gobierno, de territorio y de religion que se buscaba; pensamiento capital que sirvió de base á la monarquía eminentemente nacional fundada por aquellos esclarecidos soberanos que más tarde habian de apellidarse *los Católicos*.

Grandes eran los obstáculos que la desme-

dida ambición de la inquieta nobleza por una parte, y el poder de los moros por otra, opoñian á la completa realizacion del vasto plan de los régios consortes, pero éstos, con medidas hábiles y conciliadoras unas veces, y con disposiciones enérgicas las más, consiguieron poner coto á la destructora anarquía que devoraba al país, terminando de una vez con el total abatimiento de los árabes y dominando por completo la arbitraria jurisdicción de los nobles que con sus fueros, privilegios, inmunidades y riquezas, habian hasta entónces mantenido á la Nacion constantemente agitada.

Desde un principio dedizáronse los reyes con tenaz empeño á realizar el bello ideal de la expulsion de los moros, iniciando desde luego la cruenta guerra cuyo primer hecho notable fué la toma de Zahara, verificada en 1º de Marzo de 1482.

Despues de inauditos esfuerzos realizados por cristianos y musulmanes y de haber corrido á torrentes la heróica sangre de unos y otros, consiguieron los primeros las importantes conquistas de Alhama, Loja, Málaga,

Baza, Almeria, Guadix, y, en una palabra, de casi todo el reino de Granada; llegando en 1491 hasta plantar el estandarte de la Cruz frente á los muros de la hermosa capital de Estado musulman, último aunque importante baluarte de los atribulados defensores de la *media luna*.

Emprendido entónces por las invencibles huestes de Fernando é Isabel el ataque á la casi inespugnable fortaleza, libráronse con indescriptible pujanza varios combates parciales, en los que los esforzados caballeros Gonzalo de Córdoba, Pulgar, Garcilaso y otros mil héroes que tan merecido renombre llegaron al fin á conquistar, realizaron las más fabulosas hazañas. Un terrible y devorador incendio destruyó el campamento cristiano, y entónces se procedió á levantar la ciudad que le sustituyó, denominada *Santa Fé*, como simbólica amenazaba de que el asedio no cesaria, por obstinada que fuese la resistencia, hasta conseguir la rendicion de la plaza. Con efecto, al cabo de nueve meses llegó el memorable dia 2 de Enero de 1492 en que capituló Granada, entrando en ella

los vencedores reyes cristianos que con tan gloriosa conquista pusieron fin á la dominacion musulmana en la Peninsula, despues de cerca de ocho siglos de gigantescas luchas, cuya primera etapa comenzó en el tremendo desastre del Guadalete, horrorosamente vengado con la expulsion de los intrépidos vencedores en aquella batalla inolvidable.

El mismo año dictaron los reyes su célebre *edicto contra los judíos*, obligando á éstos á renegar de su religion y bautizarse ó abandonar el pais; medida altamente impolitica, porque dió lugar á que más de dos millones de brazos sumamente útiles á la agricultura, á las artes y al comercio, emigrasen al Africa. Este decreto y el establecimiento del odioso tribunal de la Inquicicion son los dos únicos lunares que en parte deslucen el esplendor de la gloriosa monarquía de Fernando é Isabel; pero hay que hacer á estos soberanos la justicia de considerar que ambas medidas les fueron impuestas por la avasalladora corriente del intolerante espíritu de aquella época y constituyeron en concepto de aquel fanatizado pueblo el más elevado timbre de

los reyes que á ellos debieron el título de *Catolicos*, otorgado por el Papa Inocencio VIII.

Aunque sumamente dilatado ya el floreciente reino unido de Castilla y Aragon, aún parecia reducido para contener en sus límites a inmarcesible gloria militar de sus esforzados campeones, llamados á influir poderosamente en los destinos de todos los pueblos del orbe; pero pronto asistiremos á nuevas guerras que harán universal la fama de los valientes soldados españoles.

Formada en 31 de Marzo de 1495 la *Santa Liga* entre España, Austria, Roma, Milan y Venecia, contra el ambicioso rey de Francia Carlos VIII, usurpador del reino de Nápoles, marchó á Italia el esforzado Gonzalo Fernandez de Córdoba, célebre caudillo que en las guerras de Portugal y Granada habia logrado conquistar un elevado y merecido renombre. Al frente de un reducido cuerpo de ejército, cuyo mando le confió la reina Isabel, llegó á Mesina el 24 de Mayo del referido año.

Comenzó Gonzalo sus operaciones de

campaña en la montañosa Calabria, y después de apoderarse de varias ciudades importantes tomó á Santa Agatha, y Seminara, haciéndose por último dueño de casi toda la Calabria, quedando únicamente bajo el mando de Carlos VIII las formidables plazas de Gaeta y Tarento, cuando las tropas españolas, llamadas por el Papa, corrieron á combatir á Ostia, de la cual se apoderaron en muy pocas horas, entrando triunfantes en Roma en los primeros dias del mes de Octubre de 1496. Así terminó esta famosa expedición á Italia que colmó de gloria á los pocos españoles que en ella tomaron parte y que valió á Gonzalo el honroso apodo de *El Gran Capitan*.

Regresado éste á España se distinguió extraordinariamente á principios del año 1500 combatiendo contra los feroces moriscos de las Alpujarras, sublevados por efecto de la intolerable tiranía con ellos ejercida por los despóticos mandarines de aquella época.

Haciendose preciso el regreso del Gran Capitan á Italia, llegó su gloria al más incomparable colmo con las señaladas victorias de

Seminara y Ceriñola, la completa derrota de los franceses arrojados por él de toda la comarca italiana, y la total incorporacion del reino de Nápoles á la monarquía española, cuyo importantísimo hecho tuvo lugar en 1504.

Fabulosa prosperidad é incomparable predominio habia llegado á alcanzar el venturoso reino de los *Catolicos* monarcas, tanto por las importantes hazañas realizadas por sus guerreros, cuanto por el feliz descubrimiento de las Américas, realizado por el célebre Cristóbal Colon, protegido por la reina Isabel, en los años de 1492 y 96, por Américo Vespucio, siguiendo las huellas del marino genovés, en 1499, y por el mismo Colon en 1502, cuando en 1504 murió su antigua protectora la magnánima Isabel que en Medina del Campo bajó al sepulcro llorada del sus pueblos y admirada de la Europa entera, legando la corona á su hija Doña Juana y ordenando que su esposo D. Fernando desempeñase la regencia hasta que el príncipe D. Carlos, hijo de Doña Juana y del archiduque de Austria cumpliese veinte años.

Aquí termina el reinado de los reyes Católicos y la brillantísima época conocida en la historia por la Edad Media. Si esta fué sumamente gloriosa para las armas españolas, no lo es ménos la siguiente que vamos á narrar en los capítulos sucesivos.

---

CAPITULO XXI

EDAD MODERNA.

Dinastía austriaca.—Felipe el Hermoso.—Regencias de D. Fernando y los Cardenales Cisneros y Adriano.—Gloriosa expedición al Africa.—Conquista de Navarra.—Engrandecimientos en América y Nápoles.—Carlos I.—Los Comuneros.—Batalla de Pavia.—Triunfos en Italia.—Victorias en Africa.—Felipe II.—Batallas de San Quintín y Gravelines.—Combate naval de Lepanto.—Insurrección de los Países-Bajos.—Anexión de Portugal y Filipinas.—Muerte de las libertades aragonesas.

Como no es posible determinar, con matemática exactitud el instante preciso en que termina la *Edad Media* y principia la *Moderna*, toda vez que semejante transición no fué, ni pudo ser, obra de un momento dado, sino consecuencia lógica de varias causas que influyendo poderosamente en la rápida marcha del progreso, hicieron entrar al género humano en un nuevo y florido camino de brillantes adelantos, resulta que diferentes autores han sostenido diversas opiniones